

obediencia hacia el Padre. Jesucristo fue obediente a su Madre en las bodas de Canaa (Jn 2:3-5), a su primo San Juan el Bautista (Mt 3:13-15), a las autoridades romanas (Mc 12:13-17), no queriendo nunca dañarlos o perjudicarlos (Jn 18:11). Cuando San Pablo habla sobre la batalla espiritual, nos aconseja llevar todo pensamiento *“cautivo a la obediencia de Cristo...”* (II Cor 10:5). Hemos sido llamados a llevar una vida de obediencia, así como lo hizo Cristo en la tierra.

San Silvan nos enseña que cuando uno se entrega a sí mismo en obediencia a la voluntad de Dios, el Señor es el único que habita en nuestras almas. *“Cuando el alma es totalmente entregada a la voluntad de Dios, el Señor mismo la toma en sus manos y el alma aprende directamente de El”*. Siendo obedientes a los mandatos divinos y a las enseñanzas de la Iglesia nos ayudará a llevar una vida más llena de frutos, porque seremos guiados por el Espíritu Santo en todo lo que El hace. Por medio de la obediencia a los mandamientos de Dios cada uno experimenta la libertad de toda preocupación, de toda tentación y de los problemas de este mundo. San Simeón el Nuevo Teólogo dice: *“Aquel que se entrega a las manos de un buen maestro no tendrá ya esas preocupaciones que solía tener sino que vivirá sin ansiedad y será salvado en Cristo Jesús nuestro Señor...”* La obediencia es necesaria porque es la forma de negarnos a nosotros mismos y aceptar a los demás, principalmente a Dios. Si este *“otro”* que aceptamos, guía nuestra vida por el camino del Señor, entonces seguimos los mandamientos de Dios y nos negamos a nosotros mismos. San Juan Clímaco va más allá todavía

para decirnos que sin obediencia *“ninguno de aquellos sometidos a pasiones verá al Señor”*.

La Iglesia se establece con Sacerdotes en posiciones jerárquicas determinadas para su gobierno. Dicha autoridad es concedida por medio de la imposición de manos que pasa de generación en generación desde Cristo mismo a sus discípulos hasta el día de hoy. Todos hemos sido llamados a obedecer a aquellos que han recibido tal dignidad, a aquellos que lideran nuestra Iglesia y que han sido elegidos e instruidos para dicha posición. De la misma manera los clérigos son llamados a obedecer a aquellos que están por sobre su autoridad. *“Que toda persona se someta a la autoridad, porque no hay autoridad si no hubiesen sido puestos por Dios”* (Rom 13:1). De esta forma, todos, sacerdotes y fieles de la misma manera hemos sido llamados a ser obedientes a los mandamientos divinos y a sus palabras. San Pablo nos dice que debemos *“ser obedientes a aquellos que son nuestros maestros según la carne con temor y temblor y con sinceridad de corazón, como a Cristo...”* (Ef 6:5). Los líderes de la Iglesia representan a Cristo mismo y así requieren nuestra obediencia.

(Continúa la semana siguiente)

Los santos de la semana

Lunes 7:	San Juan Bautista
Martes 8:	Santa Dominica
Miércoles 9:	San Polyefctos
Jueves 10:	San Gregorio de Niza
Viernes 11:	San Teodosio el Grande
Sábado 12:	Santa Tatiana
Domingo 13:	Santos Hérminos y Extractónicos



La Voz del Señor

Año VII - Nro 1 - 6 de enero de 2008
Domingo de la Epifanía del Señor

Sobre la Oración (I)

El Señor mismo nos enseñará la oración

El hombre pide al cielo la felicidad y la alegría. Pide la eternidad, fuera de todo y de todos, y busca la alegría en Dios. Dios es misterio, es silencio, es infinito, es todo. Todo el mundo tiene en su alma una inclinación hacia el cielo, todos piden algo celestial. Todo lo que existe se vuelve hacia El, aun inconscientemente. Dirigid continuamente tu intelecto hacia El. Amad la oración, la conversación con el Señor, Cristo, el Novio. Volved dignos del amor de Cristo. A fin de no vivir en las tinieblas, ponte en oración, para que la luz divina inunde tu alma. Cristo aparecerá en el fondo de tu alma. El Reino de Dios está aquí, en las profundidades. *“El Reino de Dios está dentro de vosotros”* (Lc. 17, 21).

Podemos rezar sólo con la ayuda del Espíritu Santo. Es El quien enseña al alma cómo rezar. *“También el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inenarrables”* (Rom. 8, 28). No hay ninguna necesidad para nosotros de hacer ningún esfuerzo. Diríjanse a Dios en la disposición de un humilde servidor, con una voz orante y suplicante. Entonces nuestra oración será agradable a Dios. Ponednos con piedad frente al Crucificado y

digamos: *“Señor Jesucristo ten piedad de mí”*. Eso dice todo. Cuando el intelecto del hombre se pone en disposición para orar, en ese momento preciso, la gracia divina lo visita. Entonces, la gracia actúa en el hombre y él ve todo con otros ojos. Lo esencial es que amemos a Cristo, a la oración y a la lectura espiritual.

Antes de rezar, el alma debe prepararse para la oración. Rezamos para la oración. Escuchamos lo que dice el sacerdote mientras se lee en la Divina Liturgia la carta de los apóstoles: *“haz que resplandezca en nuestros corazones, oh Soberano que amas a la humanidad, la inextinguible luz de tu divina inteligencia y abre los ojos de nuestra mente a la comprensión de Tus predicaciones evangélicas. Infúndenos el temor de Tus bienaventurados mandamientos, para que, venciendo todos los deseos carnales, llevemos una vida espiritual, pensando y obrando todo lo que sea de Tu agrado. Pues Tú eres la iluminación de nuestras almas y de nuestros cuerpos, oh Cristo Dios”*.

Entramos en la oración sin entenderla. Necesitamos un ambiente favorable también para la oración. El tiempo que pasamos con Cristo, las lecturas, el canto, el incienso, la vigilia, el diálogo con Él, forman un ambiente favorable (propicio), a fin de que todo transcurra de manera simple, *“en la simplicidad del corazón”* (Sabiduría 1, 13). Cantando y leyendo el oficio con amor, sin darnos cuenta, devenimos santos. Esa alegría y esa felicidad son nuestra contribución consentida, a fin de que entremos fácilmente en el ambiente de la oración. Podemos reproducir también en nuestro intelecto imágenes bellas que habíamos visto. Ese esfuerzo es suave, sin esfuerzo. Pero no nos olvidamos lo que dice el Señor *“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada”* (Juan 15, 5).

El Señor mismo nos enseñará la oración. No la aprendemos nosotros mismos, tampoco ningún otro nos la enseñará. No hay que decir: “he hecho tantas postraciones que estoy seguro que atraigo la gracia”. Al contrario hay que pedir que estemos iluminados por la luz pura del conocimiento divino (cf. La oración antes de la lectura del Evangelio), y que abramos nuestros ojos espirituales a fin de entender su palabra sagrada.

De esa manera, sin darnos cuenta, amamos a Dios sin crispación, ni esfuerzo, sin ninguna lucha. Lo que es difícil para el hombre es fácil para Dios. Cuando la gracia nos cubra, de repente amaremos a Dios. Si amamos profundamente a Cristo, la oración surgirá por sí misma. Cristo estaría permanentemente en nuestra cabeza y nuestro corazón.

Para conservar este estado y no perderlo, necesitamos un amor divino (Eros), un amor arduo (ágape) divino para Cristo. El amor (Eros) se dirige hacia un ser superior. El amante, Dios, desea al amado y el amado quiere alcanzar al amante. El amante ama al amado con un amor sagrado y perfecto. Dios, que ama al hombre, lo ama de manera desinteresada.

El amor (ágape) para Dios es superior, cuando se expresa como gratitud. Necesitamos amor, no como deber pero sí, de la misma manera que necesitamos comer. Muchas veces nos acercamos a Dios por necesidad de sentirnos apoyados en algo, porque nada de lo que nos rodea no nos da el descanso, y nos sentimos solos y abandonados.

Padre Porfirios (+1973)

Tropario de Epifanía (Tono 1)

“Cuando fuiste bautizado, Señor, en el Jordán, la adoración a la Trinidad fue

manifestada. Porque la voz del Padre dio testimonio de Ti, llamándote: 'Hijo Amado', y el Espíritu en forma de paloma, confirmó la certeza de la Palabra. ¡Cristo nuestro Dios que apareciste e iluminaste al mundo, Gloria a Ti!”

Kontakion de Epifanía (Tono 3)

“Hoy Te has manifestado al mundo, Señor, y Tu Luz se alzó sobre nosotros, quienes con conocimiento cantamos Tu alabanza diciendo: “Has venido y has te manifestado, Luz inaccesible”

Carta a Tito (2:11-14, 3:4-6)

Hijo mío Tito, porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el siglo presente, aguardando la feliz esperanza y la Manifestación de la Gloria del Gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo; el cual se entregó por nosotros a fin de rescatarnos de toda iniquidad y purificar para Sí un pueblo que fuese suyo, deseoso de bellas obras. Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y Su Amor a los hombres, Él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según Su Misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por Su Gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna.

Santo Evangelio según San Mateo (3:13-17)

En aquel tiempo se presenta Jesús, que viene de Galilea al Jordán, a donde Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan trataba de impedirselo diciendo: “Soy yo el que necesita ser

bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?” Jesús le respondió: “Deja ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia.” Entonces le dejó. Una vez bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre Él. Y una voz que salía de los cielos decía: “Este es mi Hijo Amado, en quien me complazco.”

El Padre Espiritual: guía y mentor (I)

“Un hermano le preguntó a Abba Pimen: algunos hermanos viven conmigo; ¿quieres que esté a cargo de ellos? El anciano respondió: No, primero trabaja y esfuérate en hacerlo, y deja que ellos deseen vivir como lo haces tu. El hermano le replicó: Pero, Padre, son ellos mismos los que quieren que yo esté a cargo. El anciano lo miró y le respondió: No; se su ejemplo, no su legislador”.

Esta anécdota extraída de los “Dichos de los Padres del Desierto” habla sobre la relación que existe entre un hijo espiritual y su padre. Abba Pimen le dice a su hermano que no debe ser legislador de los demás sino que debía conducirlos por medio del ejemplo. Abba Pimen sugiere que el hermano en cuestión enseñaría y guiaría a sus discípulos por medio de sus mismas acciones y por la manera en que guiaba su misma vida. El mismo es un modelo que los padres espirituales en la sociedad, fuera de un recinto monástico, pueden utilizar para guiar y enseñar a sus hijos.

A través de estas palabras examinaremos el rol de un padre espiritual en relación con su hijo, fijando nuestra mirada en la función de obediencia que tienen aquellos hermanos que desean vivir una vida cercana al Señor así como la función que cumplen los líderes de la Iglesia para finalmente, aprender varios tipos de guías espirituales.

La obediencia no es algo aceptado con facilidad en nuestra sociedad del siglo XXI.

Esta nos alienta a ser libres, independientes, económicamente estables y solo bajo nuestra propia dependencia y logros, mientras que nuestra Iglesia toma el lado opuesto. Ella, como madre, nos enseña que uno debe ser obediente a sus enseñanzas y a sus líderes, y así obedientes al verdadero Dios, nuestro Padre celestial. En Juan 14:15, el Señor nos dice: “Si me amas, guarda mis mandamientos”. Por medio de nuestro amor a Cristo, obedecemos los mandamientos y las enseñanzas que El nos da, y siguiéndolos mostramos el amor que tenemos hacia nuestro Dios. San Paisios Velichkovsky decía: “Guardar los mandamientos y las enseñanzas de nuestro Dios no es más que la perfecta obediencia a Cristo el Señor”. El mandato del Señor es, por sobre todas las cosas, el poner a Dios en primer lugar, servir a los demás para luego mirarnos a nosotros mismos. Cuando el Señor nos anima a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra propia cruz y seguirlo, quiere decirnos que debemos poner a un lado nuestra propia voluntad y seguir el ejemplo del amor de Cristo por los demás e imitar su obediencia al Padre que está en los cielos (Mt 16:24). Nuestro Señor Jesucristo enfatiza esto aún más en Marcos 12:30-31 cuando nos recuerda cuales son los dos grandes mandamientos: “amar a Dios y al prójimo”. San Juan Clímaco nos dirá, en el cuarto paso de su famoso tratado que “la obediencia es la absoluta renuncia a nuestra propia vida”. Para ser obedientes a alguien, uno primero debe elegir libremente negar su propio yo para luego aceptar la guía de otra persona.

Como seres humanos que somos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (Gn 1:26-27). Todo el ministerio del Señor Jesucristo sobre la tierra es un ejemplo de obediencia y humildad. Comenzando desde su Encarnación, lo vemos en un constante acto de